
EJERCICIO XVI.
PARA EL DOMINGO DE PASION.

INSTRUCCION DÉCIMASEXTA SOBRE EL ARDIENTE ZELO DE
LA IGLESIA POR EL CULTO Y GLORIA DE LA VIRGEN
SANTISIMA.

*Domine, dilexi decorem domus tuæ, et locum habitationis gloriæ
tuæ.*

Señor, he amado el decoro de vuestra santa casa y el lugar donde se
deja ver vuestra gloria. (Ps. 25, v. 8.)

Son innegables las pruebas del ardiente zelo, que ha desplegado en todos los tiempos la Iglesia por el culto y la gloria de la Virgen santísima. Nos convenceremos de esta verdad, si apelamos al testimonio auténtico de la misma Iglesia, si seguimos las huellas de la mas antigua tradicion hasta los primeros siglos del cristianismo, si recogemos los votos de todos los Padres griegos y latinos, si consultamos todas las liturgias, si seguimos las luces

que nos ofrece la historia de todas las épocas. ¡Qué prodigioso número de templos y altares encontraremos edificados en honor de María! ¿Qué ciudad hay, qué pueblo por pequeño que sea, en el cual no se encuentre alguna imagen milagrosa de la Madre de Dios; ó en el cual no haya una iglesia, una capilla, un oratorio, consagrado á su culto, y frecuentado por un numeroso concurso de verdaderos fieles? ¿Quién puede poner en duda el zelo ardiente y universal, que se ha desplegado para defender las celestiales prerogativas de María en todas las ocasiones en que la herejía ó la impiedad se ha atrevido á levantarse para atacarla? Basta renovar la memoria del glorioso triunfo de la Madre de Dios, reportado en uno de los santos y mas numerosos Concilios, cual fue el de Éfeso. El hecho es tan notable y tan glorioso para la Virgen santísima, que no debe omitirse en una obra destinada exclusivamente á extender el verdadero culto, que por tantos títulos es debido á esta divina Madre.

Nestorio, Patriarca de Constantinopla, hombre vano, que bajo la máscara de modestia y de piedad ocultaba el alma mas negra y maligna, dejándose arrebatarse del espíritu de orgullo, y abusando del poder que le daba su dignidad y su carácter, se atrevió á disputar á María la gloriosa prerogativa de Madre de

Dios. Para salirse con la suya no hubo artificio que no emplease, ni ficcion de que no se valiese, á fin de encubrir su error, y disimular la malicia de su herejía. Porque, segun relacion de los Padres, concedia á María todos los títulos mas nobles y honoríficos que se pueden imaginar, menos el de *Madre de Dios*, que era el de que únicamente se trataba. Reconocia que María era la Madre del Santo de los santos, la Madre del Redentor de los hombres : convenia en que habia llevado el Verbo de Dios en sus castas entrañas ; pero jamás quiso confesar que la Virgen santísima fuese absolutamente y sin restriccion alguna *Madre de Dios*, prerogativa que es el fundamento y la base de todas las demas. La Iglesia, que veia que negar á María el justo título de *Madre de Dios* era destruir el misterio de la Encarnacion, tomó la defensa de este punto esencial con toda la fuerza y el ardor de su zelo ; y quanto mas Nestorio se obstinaba en combatir el título de Madre de Dios, tanto mas la Iglesia se empeñó en defenderlo y conservárselo.

El Papa san Celestino, que gobernaba entonces la Iglesia con gran sabiduría, conmovido con tan horrible impiedad, convocó en el año 431 el célebre Concilio ecuménico de Éfeso en un templo de esta ciudad dedicado

á la Virgen santísima, y en donde se reunieron en gran número los obispos de toda la cristiandad. En la abertura de esta augusta asamblea fue cuando san Cirilo, patriarca de Jerusalem, que la presidió en nombre del soberano Pontífice, pronunció aquel elocuente discurso, que dejó llenos de admiracion á todos los Padres, que ha servido en todas épocas del mayor consuelo á todos los verdaderos fieles, y que fue juzgado digno de que se insertase en las actas de este Concilio memorable. Es difícil hallar cosa mas preciosa en los Padres que sucedieron á san Cirilo, y no puedo resistir á la fuerte inclinacion que siento de trasladar aquí el exordio de dicho discurso.

« Con el mayor placer estoy viendo á los
 « Santos, que invitados por la gloriosa Maria,
 « se han reunido aquí de todas partes : la ale-
 « gría y el consuelo de mi corazon á la vista
 « de tan distinguidos personajes han sucedi-
 « do á la pena y tristeza que sentia mi alma :
 « porque hoy es cuando se cumple en noso-
 « tros el oráculo del rey David : *no hay cosa*
 « *mas dulce y agradable que ver á los hermanos*
 « *juntarse en santa union*. Todos, pues, de
 « concierto os alabamos y bendecimos, santa
 « y misteriosa Trinidad, que nos habeis jun-
 « tado en este templo de la *Madre de Dios*. A

« Vos os bendecimos, María *Madre de Dios*, te-
 « soro venerable de todo el universo, antorcha
 « cuya luz no se apaga, corona de la virgini-
 « dad, fuente de la buena doctrina, templo
 « indisoluble, morada de aquel al cual nin-
 « guna morada puede contener, Madre y Vir-
 « gen, por la cual es llamado *bendito* en los
 « santos evangelios el que ha venido en nom-
 « bre del Señor. Os bendecimos, á Vos, que
 « habeis llevado en vuestro seno siempre puro
 « y virginal al Inmenso, al Incomprensible :
 « á Vos, por la cual la santísima Trinidad es
 « glorificada y adorada, la preciosa cruz del
 « Salvador es exaltada y reverenciada : por la
 « cual el cielo triunfa, los ángeles se alegran,
 « los demonios huyen, el tentador es vencido,
 « la frágil naturaleza es elevada hasta el cielo,
 « la criatura racional que había adorado á los
 « ídolos llega al conocimiento de la verdad.
 « Os bendecimos, á Vos, por la cual los fieles
 « alcanzan el santo bautismo, y son ungidos
 « con el óleo de la gracia : á Vos, por la
 « cual han sido fundadas todas las iglesias
 « del mundo, y todas las naciones llamadas á
 « la penitencia. ¿Qué mas puedo decir? Os
 « bendecimos, á Vos, por la cual la Luz ce-
 « lestial, el Hijo único de Dios, ilumina á los
 « que estan sentados entre las tinieblas y som-
 « bras de la muerte, por la cual los profetas

« han predicho las cosas futuras, los apóstoles
 « han anunciado la salud á las naciones : á
 « Vos, por la cual reinan los reyes. ¿Quién
 « podrá alabar dignamente á la mas digna
 « de ser alabada, la bienaventurada Virgen
 « María. »

Quando san Cirilo hablaba en tales térmi-
 nos de la Virgen santísima delante del Con-
 cilio general compuesto de mas de 360 obis-
 pos, no empleaba un lenguaje nuevo ni des-
 conocido á aquellos ilustres padres, ó un len-
 guaje que pudiese serles sospechoso. Hablaba
 segun la tradicion de su Iglesia, y segun la de
 todas las iglesias que gobernaban los obispos
 que le escuchaban. Así se puede decir que
 las alabanzas que da á la Virgen santísima,
 eran el lenguaje que usaba la Iglesia en aquel
 siglo, y el que había usado en los siglos pre-
 cedentes : por consiguiente el discurso de san
 Cirilo estaba fundado en la tradicion.

El heresiarca Nestorio fue condenado, ex-
 comulgado y degradado en esta sagrada asam-
 blea, que anatematizó todos sus errores, y
 declaró en seguida como uno de los princi-
 pales artículos de la fe, como un punto esen-
 cial de la religion cristiana, que María era,
 en el sentido mas natural de la palabra, ver-
 dadera *Madre de Dios*. No era nueva esta creen-
 cia; pues, segun san Cirilo, toda la tradicion

la autorizaba, y ya mucho tiempo antes el apóstata Juliano la habia echado en cara á los cristianos, diciéndoles : *Vos Mariam nunquam cessatis vocare Dei genitricem.* « Vosotros jamás « cesais de llamar á María *Madre de Dios.* » Pero quiso el Concilio que esta creencia, tan antigua como la Iglesia, fuese para lo sucesivo como un símbolo de fe; y se decretó en el mismo que el título de *Madre de Dios* seria una palabra consagrada contra la herejía de Nestorio, así como el de *consubstancial* lo habia sido en el Concilio de Nicea contra la herejía de Arrio.

Es imposible imaginarse la extraordinaria alegría y los singulares aplausos con que fue recibido de todos los fieles este juicio de la Iglesia universal tan glorioso á la Virgen santísima. Habiendo llegado el dia en que debía publicarse la decision del Concilio sobre la divina maternidad de María, todo el pueblo inundó las calles, llenó las plazas públicas, se esparció al rededor del templo en el cual se habian juntado los padres del Concilio, y en el momento en que se publicó la decision, y se oyó que la Iglesia *conservaba á María la justa posesion del título de Madre de Dios*, toda la ciudad resonó en gritos y aclamaciones de la mas pura y tierna alegría. Aquellos trasportes de júbilo fueron tan vi-

vos y universales, que los padres, al salir del Templo, fueron colmados de bendiciones y conducidos en triunfo hasta sus posadas. Se derramaban perfumes por las calles por donde habian de pasar, se hicieron magníficas iluminaciones: nada faltó á la pompa de aquel acto solemne, ni al brillo y magnificencia de la gloriosa victoria que María habia alcanzado sobre sus enemigos.

Nestorio lanzado de entre los fieles, anduvo errante de destierro en destierro. Despreciado de todos, y aburrido de sí mismo, fue relegado finalmente á Panópolis, en la Tebaida, de donde el gobernador lo hizo trasladar á otro lugar del mismo territorio. Murió en 436 consumido de miseria y de enfermedades, despues de haber sido su lengua roida por los gusanos. ¡Terrible pero justo castigo de sus impiedades contra María!

EJEMPLO XVI.

Ventajas que reportan los fieles de las fiestas establecidas en honor de Maria.

Las fiestas de la Iglesia son piadosas demostraciones de alegría en las solemnidades que se hacen en honra de Dios y de sus santos, no solo para celebrar sus virtudes y recordar sus méritos por medio de un culto religioso, sino tambien para reconocer los favores singulares que

hemos recibido, para excitar nuestra piedad con ellos, para vencer con sus ejemplos nuestra tibieza, para reclamar su proteccion con Dios, y para alimentar nuestra confianza.

La Iglesia íntimamente convencida de la utilidad del culto dado á la *Madre de Dios*, persuadida del poderoso valimiento que tiene la Virgen en el cielo, y de la necesidad que los fieles tienen de su proteccion; se apresura á tributarle los homenajes y los testimonios de gratitud que le son debidos, perpetuando la memoria de sus beneficios, y de las señales visibles de su bondad y benevolencia. De ahí el cuidado de aprovechar todas las ocasiones que se ofrecen para inspirar, conservar y aumentar el culto de María en todo el mundo cristiano: de ahí el precepto que ha puesto de empezar y terminar el oficio divino y cada una de sus horas con una oracion especial á la *Madre de Dios*: de ahí el singular conato en infundir la verdadera devocion hácia la Virgen á todos sus fieles hijos: de ahí en fin, la multitud de fiestas establecidas en honor de la misma, y el gran número de piadosas congregaciones fundadas bajo el nombre y la proteccion de María. Y así como todos los herejes han sido enemigos de la devocion y del culto debidos á la Madre de Dios; del mismo modo todos los fieles verdaderos se han distinguido por su amor filial, por su particular veneracion, por su sólida devocion á la Virgen santísima. Por esto la Iglesia, animada del mismo espíritu de tierna devocion, no anhela otra cosa sino inspirarla á todos sus hijos: á cuyo fin, á mas de la celebracion de todos los misterios de la Virgen, que honra con la mayor solemnidad, como son los de su *Concepcion inmaculada*, de su *Natividad*, de su *Presentacion*, de su *Anunciacion*, de su *Visitacion*, de su *Purificacion* y de su *Asuncion triunfante y gloriosa*; guiada y dirigida siempre por el Espíritu Santo, ha establecido muchas otras fiestas particulares en honor de María, con motivo de algun nuevo beneficio recibido por su intercesion, ó de alguna nueva muestra de su ternura y amor

maternal. A esta clase pertenecen las fiestas de Nuestra Señora de las Nieves, de Nuestra Señora de los Angeles, del Rosario, del Escapulario, del Carmen, de la Merced, del Santo nombre de María, y otras muchas. La ereccion de semejantes fiestas no puede menos de contribuir á la santificacion de los fieles, y á la concesion de nuevas gracias por parte de la Virgen. María ve con placer que sus siervos le renuevan la memoria de los beneficios que les ha dispensado, en los días en que por medio de obras de piedad solemnizan en honra suya dichas fiestas.

PRACTICA XVI EN HONOR DE MARIA.

(De san Vicente Ferrer.)

Procurad celebrar santamente las fiestas de la Virgen María, recibiendo los sacramentos, y proponiéndoos por modelo alguna de sus virtudes propia del misterio del día. Por ejemplo en el día de la Concepcion proponeos la pureza de intencion en todas vuestras obras: en el día de la Natividad debeis renovar vuestro espíritu con el fervor, desterrando la tibieza: en el día de la Presentacion debeis proponer el desprecio de aquellas cosas del mundo á las que estais mas apegado: en el día de la Anunciacion la humildad y el menosprecio de vosotros mismos: en el día de la Visitacion la caridad para con el prójimo: en el de la Purificacion la obediencia á vuestros superiores: en fin en el día de la Asuncion el ardiente deseo de las cosas celestiales, y la preparacion para una santa muerte. Tal ha sido siempre la práctica de los verdaderos siervos de María, en particular de san Vicente Ferrer.

ORACION XVI A LA VIRGEN SANTISIMA.

(De san Bernardino de Sena.)

¡O Virgen santísima, llena de bendiciones sobre todas las criaturas! Vos sois la única Madre de Dios, la Señora del mundo, la Reina del universo, la repartidora de todas las gracias, el adorno de la Iglesia. En Vos está encerrada la incomprendible grandeza de todas las virtudes y de todos los dones. Vos sois el templo de Dios, el paraíso de todas las delicias, el modelo de todos los justos, el consuelo de vuestros siervos, la fuente de nuestra salud, la puerta del cielo, la alegría de los escogidos, el objeto de las divinas complacencias. Tal es nuestra miseria, que solo tartamudeando podemos cantar vuestras alabanzas; pero socorred Vos nuestra debilidad, á fin de que podamos alabaros dignamente por todos los siglos de los siglos. Amen.

EJERCICIO XVII.

PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

INSTRUCCION DÉCIMASEPTIMA SOBRE LA UNANIMIDAD DE SENTIMIENTOS RESPETUOSOS DE LOS PADRES DE LA IGLESIA Y DE LOS SANTOS HACIA LA VIRGEN SANTISIMA.

Benedixerunt eam omnes, una voce dicentes : Tu gloria Jerusalem, tu lætitia Israel, tu honorificentia populi nostri.

Todos á una voz la colmaron de alabanzas, diciendo : Tú eres la gloria de Jerusalem, la alegría de Israel, el honor de nuestro pueblo. (*Judith, cap. 15, v. 10.*)

Parece que podría dispensarme de escribir un ejercicio particular sobre la uniformidad de los Padres de la Iglesia, en órden á su tierna devoción hácia María, despues de haber producido tantas oraciones sacadas de sus obras, y puestas al fin de cada ejercicio. Pero se podría decir que estas oraciones fueron hechas en momentos de fervor, ó con motivo de circunstancias particulares. Por tanto,